

EL PRIMER CIGARRILLO ASTURIANO EN UN LIBRO INGLES

Joseph Townsend es un escrupuloso observador de España. Cuando en la primavera del 1786 entra por Barcelona anota así lo placentero, «all through Catalonia you admire at every step the industry of the inhabitants but when you come to Mataró you are perfectly enchanted», como lo retrasado y opuesto: más aún, opina que con buena razón, «with good reason», España puede decir a Inglaterra:

«Cum tua pervideas oculis mala lippus inunctis.

Cur in amicorum vitiis tam cernis acutum» -Hor. Set. libifat 3-
Don Fermín Canella traduce del francés en sus *Cartafueyos de Asturias* la parte correspondiente a nuestra región y sobre una anécdota de lo traducido quiero detenerme un momento.

Llega Townsend a Luanco a casa del conde Marcel de Peñalba «maciza, ólida» y describe la tertulia de la condesa. «Un comerciante de Luanco cortó un pedacito de tabaco (picaría una tagarmina), lo envolvió con esmero en un papel para hacer así un cigarro del grueso de una pluma de ganso y tuvo el cuidado de pellizcar y guardarse las dos puntas inútiles; enseguida con eslabón, piedra y yesca sacó fuego, encendió el cigarro, comenzó a fumar y viendo que estaba bueno, le ofreció a la condesa que lo aceptó inclinándose, fumando hasta la mitad y devolviéndoselo. Después que la señora acabó de servirse del cigarro y se unió a la conversación, al cabo de algunos minutos abrió su boca e hizo salir una nube de humo. Notó mi sorpresa y preguntó la causa. Se la dije y al instante, el que estaba fumando, aspiró fuertemente el cigarro dos o tres veces, abrió enseguida su boca para convencerme que allí no había nada y, al cabo de algunos minutos, hizo salir una gran cantidad de humo. He visto después que esta es la manera común de fumar los habitantes de este país, pues creen que si no hacen pasar el humo por sus pulmones es inútil fumar». Algo se aparta esta traducción del original inglés ya que traduce «pinched

carefully the ends» por «pellizcar y guardarse las puntas inútiles» lo cual suele hacerse con un puro cuando queremos que arda bien, pero no con un cigarrillo en el que las dos puntas se pellizcan para evitar que se derrame el tabaco.

El viajero inglés se maravilla de ver fumar a una condesa y también se maravillaron los madrileños de ver fumar a un duque en el año 1622: era el duque de Buckingham que acababa de llegar con el Príncipe de Gales y se hallaba fumando la pipa en el balcón de su casa cuando se le ocurrió vaciar el rescoldo que cayó sobre un montón de paja y se produjo una gran fogarada. Buena luminaria para aquella noche de julio: así lo cuenta Hewell.

Yo sospecho que la afición al tabaco penetró en Inglaterra y España por dos canales distintos: uno a través de Francis Drake y Sir Walter Raleigh, favorito de la reina Isabel, el «calumet de paix» es decir, la pipa o cachimba; y, otro, el rollo de hojas de tabaco al que prendían fuego los indios de las Antillas y al que, según el Padre Las Casas, «llaman tabacos». La pipa, quizá por su origen plebeyo fué disminuyendo en prestigio social en Inglaterra hasta el punto de que todavía hoy no se atreven a sacarla del bolsillo hasta que la dueña de la casa, mientras saborea su Abdulla o Craven, se vuelve hacia el invitado más próximo (que puede ser el presidente del Consejo Mr. Baldwin o el mismo Jorge V) y, con una sonrisa, le anima a «ponerse a sus anchas» es decir, a encender la pipa. No había entrado la moda del cigarrillo en Inglaterra a fines del siglo XVIII y de aquí la sorpresa de Townsend.

Esta distinción de clases entre la pipa y el cigarrillo sobrevive en Francia hasta alrededor de 1860 cuando Cézanne pinta sus «Joueurs de Cartes» con cuatro pipas colgadas en la pared, otra en la mesa y otra en la boca de un mirón que está de pie. Tabaco, bebida y mujeres; he aquí «La familia disoluta» de Jan Steen y de sus contemporáneos holandeses, Frans Hals, Pieter de Hooch, Adrián Brouwer; la pipa era como el penacho de las tabernas, de los campamentos y de los puentes; ni el viento ni la lluvia conse-

guían apagarla vuelto el fogón hacia abajo como lo he visto hacer a algunas viejas en los barrios bajos de Edimburgo.

En España es diferente. Juan Díaz Caneja, en «Paisajes de Reconquista» 1926, escribe: «Una mujeruca nos detiene para pedirnos un poco de fuego, y nos dice que va a los Pontigos de Pervis, que tenemos a la vista: lleva en la boca un cigarro y conduce una borrhiquilla sobre la que portea dos *ballicos* de molienda». En España el cigarrillo es un atributo doméstico. Y ocurre que deambulando por las salas de los Museos descubrimos algo inesperado, y es que Holanda y España son las dos naciones que con mayor arraigo cultivan la pintura doméstica; hasta un pintor tan religioso como Murillo nos ofrece escenas caseras en «La Cocina de los Angeles» y «La Sagrada Familia del Pajarito». Solamente El Greco, por ser extranjero, se liberta de tal influjo.

Existe decididamente pugna entre la pipa y el cigarrillo: se les contempla en abierta batalla, una batalla de humo. ¿Qué cambio significa esta lucha en el modo de pensar y en las costumbres? ¿Qué habrá acaecido a mediados del siglo dieciocho? En uno de los cartones de Goya llamado «La Era», si mal no recuerdo, se descubre en primer término un hombre sentado sobre su capa, ni aristócrata ni menestral, fumando un cigarrillo. Es el único cigarrillo pintado al óleo en las pinacotecas europeas. Este madrileño sentado cómodamente, mientras los demás trabajan, medita; es decir, pasa revista al espectáculo del mundo. Su alma está ya llena de complejidad.

En el siglo XVIII brota pujante la novela tal como hoy se entiende: ni libros de Caballerías, ni Pastorales, ni Picarescas, que son todas de campo abierto y andanzas; novela moderna en la cual el personaje principal es casi siempre la mujer, el centro de la rueda social. «Votre domaine est terre de petite fée» la llama Gustre Kahn. Las primeras novelas modernas portan nombres de mujer: «Pamela» de Richardson en 1740 y «Clarisse» 1747; «La Nouvelle Heloïse» de Rousseau en 1761; «La Gaviota» de Fernán Caballero de 1849. Surge entonces el diálogo, la literatura episto-

lar, formidable arma de la mujer, y los Salones: el tabaco necesita ahora adaptarse a los dedos femeninos; las bebidas tienen que rebosar azúcares; los trajes masculinos se ven forzados a ensombrecerse para servir de marco a las radiantes *toilettes*. Esto es lo que medita el fumador concentrado y solitario de Goya.

Al lado de la pipa y del cigarro o cigarrillo colaboran dos subalternos: el elegante rapé y el vulgarote tabaco de mascar. Tomás de Iriarte en «La Librería», drama en un acto, hace que uno de los personajes, D. Silvestre (ricote ocioso y de pesadísima conversación), tome rapé:

«D. Silvestre—Pues acabo. El vinagre del hombre, que (no agraviando lo presente) era un mocetón alto (mal comparado), un Sansón, un filisteo, y como dijo el otro, un bruto (fuera del alma) *toma tabaco* para servir a ustedes...»

Y en el sainete «El Fandango de Candil» publicado en 1791 dice Marcos:—¡Por vida de los demonios! *Le caen chispas encendiendo Pocho el cigarro.*

«¿No mira usted que me abrasa?

Pocho. —Pues quitarse de debajo.
que aquí maldita la falta
hace usted, aunque no viniera.

Marcos. —¿Qué va que va usted en volandas
de un puntapié a suplicar
al sol, que le preste un ascua
para encender el cigarro?»

Estébanez Calderón (El Solitario) en la «Fisiología y Chistes del Cigarro» se queja de lo calamitoso de los tiempos. «Sin tabaco negro no hay verdadero fumador, señores, y el blanco, con su entrada en uso, ha trocado en vulgar y trivial por extremo aquella ocasión de boato y gala señoril de preparar, hacer y fumar un cigarro. ¡Qué diferencia de estos pitillos que, como en haz de antiguos *lictors* se llevan en la faltriquera a los aprestos que en otro tiempo eran necesarios para la noble operación! ¡Qué contraste

entre la *manufactura* que llaman fósforos ahora, con aquellas menudencias y cachivaches que *in illo tempore* llamábamos avíos!»

Pero súbitamente da un cambio el cuadrante y la menospreciada pipa se convierte en blasón y símbolo de arte y de intelectualidad; el «Prince des Symbolistes» dedica uno de sus abstrusos poemas en prosa a «La Pipe». Stéphane Mallarmé acaso cobró afición a la pipa cuando enseñaba francés en Londres. Finalmente Ramón Gómez de la Serna escribe el más penetrante análisis de la nueva moda: «A veces la pipa adquiere valor en el rostro largo y anguloso de los ingleses. No porque esos hombres, en los que la pipa resulta interesante, sean geniales, sino porque la pipa hace cerrar la expresión, hace apretar y contraer todo el rostro, hace aparentar un gesto perspicaz y profundo, aguza la expresión, parece que da más olfato y parece que supone en el que la fuma como un secreto de fuego y de viva inteligencia... Eso es lo que ha hecho renombradas las pipas inglesas, no el que la pipa inglesa sea una notabilidad, pues quizás es ese el sitio en donde son más caras y más mediocres... No es extraordinaria la pipa inglesa, no; lo extraordinario o la extraordinaria es a veces la pipa del inglés, pipa personal e intransferible».

PEDRO PENZOL

NOTAS SOBRE LOS COMIENZOS DEL NEOLITICO EN NUESTRA PENINSULA

Corrientemente se admite que la zona costera del sudeste de nuestra península comprendida entre el cabo de la Nao y el Estrecho es el área donde arraigaron las primeras colonizaciones neolíticas, y asimismo parece fuera de toda discusión que el lugar de procedencia de estos primitivos colonos hay que buscarlo y si-